

## Desde Washington

# Un Viaje en Limusina

POR LORENZO MEYER

**E**RA una limusina negra, enorme. Tenía teléfono, televisión y bar. El chofer estaba uniformado y del color adecuado. Nunca antes me había subido a uno de estos lujosos medios de transporte. Fue una lástima que mi estado de ánimo me impidiera disfrutar el corto trayecto de los estudios de televisión de la ABC en Washington a mi casa en Alexandria.

En realidad mi viaje al estilo de los grandes funcionarios se debió a un accidente: el chofer que me había ido a buscar a mi casa para llevarme a los estudios perdió las llaves de su auto y a la gente del programa no se le ocurrió otra cosa que usar una de las limusinas que tenían a la mano para permitirme el regreso. Sentí que me habían eso y más.

Todo empezó en la mañana del miércoles de la semana pasada. Estaba yo trabajando en la redacción de mi libro cuando llamó a mi oficina una persona de la ABC —por la voz me pareció una dama joven, y por la conversación, agradable— para hacerme una serie de preguntas en torno a un tema del que estoy lejos de ser un experto: el narcotráfico en México y sus efectos en la relación entre México y Estados Unidos. Respondí lo mejor que pude y me olvidé del asunto.

★

**E**N la noche, después de cenar, la dama en cuestión me volvió a llamar. Me dijo que en dos horas más se iba a iniciar el programa, pero que la persona que iba a exponer el punto de vista oficial mexicano —vía satélite— había declinado la invitación en el último minuto. Ahora bien, como en ese programa iban a participar dos legisladores norteamericanos muy críticos de la conducta de las autoridades mexicanas en el "caso Camarena" (en ese momento se anunció que habían encontrado su cadáver), sería conveniente que alguien hablara por México para que no resultara tan unilateral. Puestas las cosas así, acepté ponerme corbata y saco y dejar por un momento la tranquilidad de mi casa para enfrentar al "enemigo".

Ya en los estudios me enteré de que el personaje mexicano, que había declinado aparecer ante las cámaras era Bernardo Sepúlveda (un gran honor por su sustituto, subongo), y los legisladores eran Alan Simpson —el enemigo número uno de los indocumentados mexicanos— y el diputado por Nueva York Charles Rangel, que en otras circunstancias fácilmente podría ser tomado por uno de los tantos indocumentados que le quitan el sueño al senador Simpson.

El programa fue notable por la dureza con que se trató a las autoridades mexicanas. Guadalajara fue descrita como una especie de República independiente gobernada por narcotraficantes; las cámaras mostraron las enormes mansiones de los supuestos zares del narcotráfico tapatío. Cuando llegó el turno de los legisladores, éstos combinaron hechos reales con interpretaciones demagógicas (un ejemplo a cargo de Simpson: "México nos pide que cul-

demos de aquellos de sus ciudadanos que ilegalmente se internan en Estados Unidos, pero las autoridades mexicanas son incapaces de proteger a aquellos de nuestros compatriotas que se encuentran legalmente en México").

Tanto el senador como el diputado sugirieron que quizá había llegado el momento de emplear sanciones económicas contra México para obligarlo a colaborar de manera efectiva en la lucha contra las drogas. Claro que se abstuvieron de ser muy específicos al respecto, pero la amenaza fue muy clara.

★

**E**N fin, todo llevó, a que el público quedara con la idea de que la drogadicción en Estados Unidos es, sobre todo y primordialmente, producto de la corrupción de países como México. Sólo una vez, y al final, el conductor del programa se refirió brevemente a lo que su ayudante y yo habíamos discutido en la mañana: la demanda de las drogas ¿por que se exige a las autoridades mexicanas acabar con la producción de la droga en

tanto que las norteamericanas se muestran impotentes para controlar su comercialización en su propio país? Y sobre todo, ¿a que obedece la insistencia en discutir el problema sólo desde el punto de vista de la oferta de las drogas sin abordar de igual manera el de la demanda?, ¿por que la sociedad norteamericana consume drogas en cantidades multimillonarias?

A diferencia de nuestro canciller, a mí no se me ocurrió negociar los términos de mi participación. Al final la cosa no resultó balanceada. De los treinta minutos del programa a mí no me dieron ni cinco. Resultaron muchos contra uno y por mucho tiempo. Tuve que aceptar, de entrada, la notable corrupción de algunas de nuestras policías (¿podría haberla negado y seguir teniendo credibilidad?) Apenas si logré subrayar el hecho de que el Ejército y la policía han tenido muchas bajas en esta lucha —muchos Camarenas— pero que los norteamericanos parecen empeñados en no dar importancia a esta cuota de sangre mexicana. Apunté que era de un gran simbolismo afirmar que Guadalajara es una ciudad cuyo gobierno está dirigido por los narcotraficantes (que yo sepa, el gobernador de Jalisco vive ahí y Alvarez del Castillo es famoso por ser amigo del presidente, no de los narcotraficantes). No pude seguir adelante porque ya no me dieron más tiempo.

Me temo que Bernardo Sepúlveda tampoco haya disfrutado sus viajes en limusina ahora que tuvo que venir a ver al secretario de Estado. Hace apenas unos días, George Shultz apareció en las cámaras de televisión señalando —con un rostro muy duro y grave— que los mexicanos (me imagino que se refería a las autoridades y no al conjunto, aunque quién sabe) habían excedido los límites de la paciencia de las autoridades norteamericanas “y ellos lo saben”; pues si Sepúlveda no lo sabía, seguro que ahora ya se dio por enterado.